

CARTA XX

B A V A R I A

Munich, Septiembre 12.

AL amanecer corría el tren hacia Lindau, y la serenidad de la atmósfera acentuaba la picante frescura de la madrugadita. Un empleado del tren me preguntó si almorzaría en *Dampfschiff*, ó vapor que atraviesa el lago de Constanza, y transmitió mi respuesta afirmativa por telégrafo.

En efecto, en el mismo instante en que nos trasladamos los viajeros del tren al barco, y éste con ligera trepidación empezó á cortar la superficie lisa, azul y quieta del magnífico lago *Brigantinus*, los camareros sirvieron el primer plato del almuerzo á los que ocupaban las mesas en la cámara baja y sobre cubierta también. El cielo no ostentaba una nube, y tenía la limpidez fría propia del firmamento del Norte: el sol radiante lo iluminaba sin calentarlo, reverberando en las aguas, también purísimas, de una serenidad fantástica de lago visto en kaleidoscopio. Inglesas sentadas cerca de mí contemplaban con éxtasis el panorama, las costas y nevados montes de Suiza, Austria y Baviera, que encierran la concha primorosa del lago; pero la contemplación no les impedía en-

gullir, saboreando los pescados de agua dulce, la rica cerveza, que escanciaba una muchacha de sanguínea tez y pelo rubio—una alemana ya, encarnación del país nuevo donde penetrábamos.

Era una suerte encontrar tan hermoso tiempo, porque este charco de ondinas, en cuyo seno el Rhin derrama el agua que le sobra, cubre á veces su túnica cerúlea con un velo de niebla tan espesa, que sólo ayudados de la brújula pueden orientarse en él los marinos. El día inmejorable, la atmósfera avivada por el frío, contribuían á que el almuerzo pareciese más sabroso y las orillas más pintorescas. La travesía fue un soplo: no creo que tardásemos una hora en desembarcar al pie del león de piedra que adorna el muelle de Lindau.

El registro de la aduana benigno y pronto. Los carabineros vestían uniforme de paño verde, sencillo y airoso, y me sorprendió su buena traza, su porte mesurado; aumentóse mi sorpresa, cuando en la estación del ferrocarril noté el aire marcial de los revisadores, que más que empleados, se me figuraron unos feldmariscales disfrazados con la casaca de sus subalternos. La energía, la calma, la complacencia, se manifestaban en aquellos rostros, exentos de la estereotipada sonrisa servicial del francés, como del brusco despego del español. Para pedir los billetes, los empleados hacen el saludo militar, y de este indicio y del uniforme, deduje que en Alemania las líneas férreas pertenecen al Estado, y que éste las tiene militarmente

organizadas, para facilitar la movilización del ejército. Se vé que aquí no se desperdicia fuerza ni recurso alguno, y que el estudio y atención preferente del Gobierno es la contingencia de la guerra.

* * *

¡Qué contraste! Salgo de un Estado enteramente civil y entro en otro que pudiera llamarse vasto cuartel, si el decirlo así, sin reserva alguna y repitiendo una frase tan manoseada, no pareciese entrañar cierto desprecio hacia la cultura de ese mismo país. La perfectísima organización militar que aquí se echa de ver, no impide que esta tierra se encuentre muy bien cultivada y sabiamente regida, ni que en ella florezcan las artes hasta el punto que demuestra el extraño y casi místico teatro de Bayreuth, que siento en el alma no encontrar abierto, pues era una de mis curiosidades mayores. La florecencia de la imaginación, que instintivamente se echa de menos en Suiza, anda en Baviera como de sobra, si de sobra pudiese andar jamás. Los reyes de la rama palatina que en este siglo vienen sucediéndose en el trono, desde el enamorado de Lola Montes hasta el actual, son cabalmente una serie de soñadores é imaginativos, para quienes lo de menos es la realidad, y lo preferible, lo indispensable, la poesía. Baviera es católica y por lo tanto inclinada al arte y al sentimiento de la belleza plástica. Si la raza bávara, un poco *maciza* de suyo,

no ha llegado á la elegancia griega, no será por falta de tentativas para lograrlo.

* * *

Me sugirió estas reflexiones Munich, grandiosa ciudad casi desierta, sin gente en sus soberbias calles ni en sus fastuosos edificios, que le han valido el título encomiástico de *Atenas del Norte*.

No se puede negar que Munich, como Florencia, causa desde luego una impresión regia y soberana. Munich y Florencia son dos ciudades-palacios. No las comparo desde el punto de vista esencialmente artístico, en que Florencia acaso no tenga rival: aludo solamente á su magnificencia urbana, á sus calles que parecen vías triunfales, á sus construcciones, en que sólo deben alojarse magnates y príncipes. Al revés de otras capitales—Madrid por ejemplo—que aún hoy luchan penosamente para resolver el problema de ensanche, Munich tuvo la fortuna de que desde el siglo XVII los soberanos de Baviera revelasen un gusto precozmente moderno y se perciesen por la suntuosidad en la edificación, que habían admirado y aprendido en Italia. No sólo pensaron en hermosear, agrandar y adornar la ciudad, sino que, cultivando los alrededores con el esmero que se cultiva un jardín, desmintieron el dicho de Gustavo Adolfo, el cual comparaba á Munich á un arnés de oro puesto sobre un caballo flaco.

* * *

No tendré tiempo de ver, y por consiguiente ni posibilidad de describir tantísima iglesia, palacio, biblioteca, gliptoteca, pinacoteca, loggia, puerta y arco triunfal como embellecen y enriquecen á Munich, alzándose en medio de una ciudad casi solitaria, porque es imposible decir la poca gente que transita por Munich y lo temprano que esta gente se recoge. Únicamente elegiré entre todo lo que aquí se puede ver y admirar, el Museo de Pinturas y la Valhalla ó *Ruhmes-Halle* (Palacio de la Gloria). El primero, porque encierra unos cuadros de Murillo que son perlas, perlas riquísimas, perlas únicas; y el segundo porque me parece una muestra asaz curiosa de pedagogía arquitectónico-popular (si es lícita la frase.)

Que Murillo fue propiamente un pintor realista, me parecía indudable desde que ví el Museo provincial de Sevilla, y han confirmado esta creencia los cuadros de Munich. No podía desmentir ese genio tan castizo, tan español, la tradición gloriosa común á nuestras artes, y en Munich, Murillo se presenta competidor de Cervantes en sus *Novelas ejemplares* más crudas, soleadas y callejeras. Estos pilluelos que juegan á los naipes ¿no son Rinconete y Cortadillo en persona? De tal manera lo son, que el dibujante que quisiese ilustrar la deliciosa historieta de los dos ladronzuelos, no tendría más que reproducir los tipos creados por el pintor de las Concepciones.

En el mismo Museo donde figuran los preciosos *Granujas* de Murillo hay una colección de

tablas bizantinas y de la antigua escuela alemana, embeleso de los que no hemos acabado de reconciliarnos con la pintura moderna, ni de entender (sin duda por deficiencia de sólida cultura artística) en qué consiste su mérito y su secreto. Las pinturas viejas del Museo de Munich tientan á quedarse en él un mes ó dos sin hacer otra cosa más que mirarlas y encantarse con sus detalles, tan inesperados como frescos y graciosos. Esos personajes vestidos de burgomaestres, de electores, de paladines, son San Jorge, San Pablo, los Reyes Magos, Pilatos; esas castellanas con brial, toca blanca, cofia de rejilla de oro, cinto de pedrería y pantuflas puntiagudas orilladas de cisne, son Santa Bárbara, Santa Isabel, Lucrecia, la Virgen María. Trajeadas así, según pedían la época y la imaginación del pintor, estas figuras nada pierden de su carácter histórico, ¡y cosa rara! ganan mucho en el que les prestan la leyenda y la fe. Sin esfuerzo alguno y como lo más obvio y natural (tanto influye en nosotros el arte) nos acostumbramos á creer que la Virgen usaba esa túnica guarnecida de pieles cuando espetaba la inefable Anunciación. Ninguna dificultad tenemos en ver á San Jorge (fuese el duque de Capadocia ó el patriarca arriano de Alejandría, enemigo de San Atanasio) con armadura del siglo XV, ni á los Magos con traje de príncipes electores de Baviera. Al contrario, tan extraño anacronismo diríase que aumenta la reverencia y la unción que las pinturas derraman en nuestro espíritu; diríase que

descarga de toda pedantería la idea pictórica y la hace más dulce, más tierna, más eficaz.

Ya se comprende lo que puede ser un Museo donde Van Dick está representado por cuarenta y una obras; Durero por diez y siete de las más grandes que produjo; por quince Hans Holbein, y por algunas menos Rembrandt: donde á la escuela mística de Vohlgemuth y Lucas de Leyde acompaña la admirable escuela *civil* flamenca, la que sólo quiso pintar actos humanos y escenas domésticas ó aspectos de la naturaleza exterior: donde los payos de Teniers bailan y engullen; los borrachos de Osta de se atiborran de cerveza, y sonríen los interiores de Mieris y Terburg. La escuela italiana —siempre la menos simpática (1)— se eclipsaría á no defenderla algunos Giottos, Angélicos y Lippis.

El Museo es para verlo con muchísima flema, y sacarle los tuétanos, y no irse de Munich en diez días. Con esa flema quisiera uno ver todas las cosas que le agradan y de que el mundo está atestado; sólo que la vida es muy corta, las aficiones múltiples, el campo vastísimo, y rara vez nos encontramos en situación de dar vado á nuestro gusto en estas materias. De las grandezas que hemos entrevisto así, hablamos después por la rápida impresión experimentada, y que ha sido rigurosamente el deslumbramiento de un relámpago: nuestro juicio es, y

(1) En este particular mi criterio se ha modificado mucho, como sucede siempre al correr del tiempo.—(N. de la A.)

tiene que ser, deficiente y aventuradísimo; nuestra memoria, infiel; nuestra opinión, poco madura y nada decisiva para la cultura artística del que nos lee. Esto es verdad, verdad inconcusa, como lo es también que el hombre es falible, y en arte y en todo yerra: yerra después de maduro examen, yerra aprisa y yerra despacio, yerra de palabra y yerra por escrito.... y también acierta en ocasiones como el borriquillo del inmortal fabulista.

* * *

La Bavaria he dicho que me llamaba la atención como monumento pedagógico. Me explicaré, dando idea de la Bavaria y del Palacio de la Gloria. Este es un edificio de mármol blanco, de orden dórico, situado á la extremidad de la pradería de María Teresa, sobre cuyo verde tapiz de césped se destaca elegantemente el semicírculo del templete. Al través de la columnata y sobre el fondo de encáustico rojo, campean los bustos de los grandes hombres bávaros: más elevados los unos, como los de Durero y Gluck, más bajos los que no alcanzaron tan extensa celebridad, pero todos en lugar eminente, separados del vulgo, representados por lo que los inmortalizó distinguiéndolos del resto de sus compatriotas —la cabeza, donde residen las facultades que elevan al hombre. Allí nada habla de muerte: nada recuerda la podredumbre del cuerpo, como en los monumentos fúnebres: aquella clara y fina co-

lumnata, recortándose con precisión entre el fresco césped y los graciosos arbustos, tiene algo de elisiaco: y aquellas nobles cabezas de pensadores, artistas, músicos, teólogos, guerreros, escritores, parecen abreviada y gráfica expresión de la supervivencia del espíritu, que sigue morando entre nosotros después que el cuerpo se redujo á polvo en la tumba.

Delante del Palacio de la Gloria, se alza una gigante de bronce, envuelta en una piel de león y con otro león tendido á sus pies, personificación de Baviera y obra de Schwanthaler. Una escalera permite subir por su interior y penetrar hasta el cuello, viendo por los agujeros de los ojos el paisaje y la ciudad de Munich tendida á sus pies.

Que la estatua es pesada, macizota y defectuosa, no puede negarse; que el templo no pasa de imitación del gusto griego, sin la vida que presta á la arquitectura la armonía con el suelo y el ambiente en que brotó y el genio histórico que la produjo, tampoco es dudoso; pero que así y todo, la Bavaria y el Templo de la Gloria llenan un fin altísimo, no lo desconocerá nadie que haya lamentado el desamparo de nuestras ciudades españolas, sin exceptuar á Madrid, donde tiene una estatua Espartero, y no la tienen ni Quevedo, ni don Juan de Austria, ni Tirso, ni Garcilaso, ni Quintana, ni el duque de Rivas, ni... ¿á qué citar? Podrían añadirse nombres y nombres, que la multitud olvida absolutamente, que va relegando á las sombras del pasado remoto—tan remoto ya para

los que fallecieron ayer como para los clásicos del siglo de oro, porque la misma niebla los envuelve. Madrid no tiene plazas, ni sitio donde colocar el recuerdo de sus muertos ilustres: y el mausoleo en el cementerio ni basta ni sirve; porque precisamente el cementerio es el sitio donde desaparece la aureola de la gloria para que aparezca la humildad del cristiano ante el sepulcro. Es preciso desterrar del pensamiento del pueblo la idea de que el genio está sujeto á la ley común de nuestra perecedera naturaleza, ó por lo menos hacer palpable la realidad del *non omnis moriar*, fundamento del respetuoso culto que se tributa á la memoria de los que honraron á su patria, y juntamente á la humanidad. En este sentido, la *Ruhmes Halle* de Munich me parece un monumento que, realizado de un modo ó de otro, templete griego ó capilla gótica—allá el arquitecto lo arregle—puede ejercer gran influencia sobre la cultura de un pueblo, sobre su corazón y sus sentidos y ayudar á educarle, con esa educación del instinto que tiene el último pilluelo de Florencia al pronunciar con respeto el nombre de Dante, al repetir y mostrar conocer sus palabras y sus hechos.

* * *

Enseña la *Bavaria* un veterano, acaso inválido, figura respetable, análoga á la de Moltke, rasurado, de acentuadas facciones y saliente barba, algo temblón de cabeza, pero derecho

de espinazo y resuelto de continente, como si aún esperase entrar en fuego una vez más. Al pie de aquel templete, el viejo soldado me pareció personificación de la gloria anónima—la que no se escribe en lápidas de bronce, y es sin embargo tan necesaria á la grandeza de las naciones como la invisible sangre á las venas y al organismo.

CARTA XXI

UNA CIUDAD GÓTICA (NURENBERG)

Nuremberg, Septiembre 14.

ANTES de haber visitado los países nos formamos mil ideas erróneas acerca de ellos y tenemos caprichos y preferencias literarias que luego desmiente la experiencia. Yo, al pensar en Alemania, soñaba con Colonia, la santa y gran ciudad del poeta lírico, aquella en cuya catedral se conserva una imagen pintada sobre fondo de oro, que se parecía á la amada de Heine. Maguncia, la patria de Gutenberg, donde el Rhin corre tan ancho y majestuoso, me seducía igualmente. Nuremberg, en cambio, sólo me traía á la imaginación ideas de muñecos y juguetes de la Selva Negra, reminiscencias de cuentos de Hoffman, algo ligero y vago como espuma de dorada cerveza.... algo que no se relaciona con el

arte, sino más bien con la indefinida aspiración de la fantasía hacia todo punto desconocido aún y poco familiar en el propio terreno de la lectura, terreno en que desde nuestros primeros años hemos habitado ciertas ciudades,—por ejemplo, Roma, Atenas, París.

* * *

Ahora que conozco á Nuremberg de vista, digo que es de las más originales y peregrinas del mundo, y que compite con nuestro Ávila en conservarse lo mismo que si no hubiese corrido el tiempo desde la Edad Media acá. La diferencia consiste en que Ávila permanece tal como fue en mejores días por virtud de su propia inercia y atraso: las piedras allí se están conforme las pusieron, en las calles crece la hierba, los palacios-casas-fuertes yacen solitarios y mudos, abandonados de sus dueños, y únicamente el labriego, envuelto en parduzcos harapos, goza á diario de tanta belleza y sienta — si cabe tal sentir en su cerebro rudo — la poesía encerrada en los muros abulenses. Nuremberg, al contrario, es un pueblo que tiene vida moderna, burguesía, comercio, industria; pero su municipio y sus moradores, bastante cultos para entender en qué consiste el encanto de una ciudad histórica, no sólo han respetado, sino que han acentuado la fisonomía curiosa de la cuna de Durero; así es que el Nuremberg nuevo se va alzando calcado sobre el patrón del antiguo con escrupulosa fidelidad. Al lla-

marle *ciudad gótica* no me refiero al orden arquitectónico de sus edificios, sino al color, al aspecto de Edad Media que conserva y luce.

¡Gran ventura para los que viajamos deseosos de encontrar variedad y capricho, que los ediles de Nurenberg tengan acerca del ornato público nociones distintas de las que profesan nuestros honrados concejales! En España el *ornato* consiste en hacer las cosas lo más tontas é insulsas posible: en que las fachadas se parezcan y sean idénticos los portales, en que nada sobresalga ni entretenga la vista, en que nuestras viviendas presenten el gracioso aspecto de una hoja de papel de estraza con diez ó doce agujeros simétricos. Porque dije, no sé cuando ni dónde—pero estando presente un concejal—que me gustan las tiendas con muestras de bul-to y que cada casa debiera tener un medallón, un santo, un farolillo, una balconada, algo que la distinguiese de las demás, creo que pasé plaza de loca. El ideal de la belleza para aquellos que Heine llamaba *philister*, y que desde Heine acá no han mejorado de gusto, es una ciudad semejante á una cárcel modelo: celdas á derecha é izquierda, numeradas y pintadas de gris.

¡Las calles de Nurenberg! En ellas consigue revolotear á su gusto, libre y feliz, el pájaro azul de la imaginación. Puede este pajarillo, en cuyas plumas de tornasol espejea el cielo,

escondarse en el ángulo que forman cada dos casas—porque la alineación tampoco la respeta poco ni mucho el Municipio nurenbergués.— Puede posarse en los dientes de los tejados triangulares, originalísimos; puede descansar en las caladas rejeras góticas de las fuentes, donde parece que va á surgir Margarita, pensativa y con su cántaro bajo el brazo; puede travesear hiriendo con el pico los vidrios de colores de las iglesias ó llamando á los cristales emplomados de las ventanas; puede entrar y salir por los miradores monumentales que tan bien encuadran la cabeza de las muchachas, cuando se entreasoman á ver pasar la gente, preguntando con los ojos, por si les contesta algún pálido transeunte en palabras de Heine:

«Soy alemán poeta
conocido en las tierras de Germania:
si á los ilustres nombran,
también mi nombre te dirá la fama...»

Y finalmente, puede el ave soñadora, si desciende la nieve y vibra el granizo, cobijarse tranquilamente á la sombra del hogar de Alberto Durerro, conservado tal como estaba en vida del pintor, sin que falte ni una astilla del maderamen, ni una olla de la cocina, ni una losa del pavimento.

En Alemania, el perfecto estado de conservación de los edificios y las ciudades no sólo atestiguan á favor de la cultura general, sino prueba que los vándalos de principios del siglo, los guerreros napoleónicos, no entraron como

en nuestra patria, llevando la tea en una mano y el sable en la otra. Las estatuas de piedra en Alemania tienen narices y manos; el sepulcro maravilloso de San Sebald no está como el de la Cartuja de Burgos.

* * *

La tumba de San Sebald (marcada con dos asteriscos en las Guías, como para decir al viajero ¡¡atención!!) es el más soberbio trabajo de bronce que he visto nunca. Trece años de asidua labor gastó en él una familia de artistas, padre y cinco hijos. En la rica ornamentación de esta maravilla entran santos, profetas y apóstoles; pero lo más lindo son los grupos de chiquillos, grupos que no se sabe por qué están allí: capricho del artista, que se empeñó en trasladar al metal durísimo las curvas, hoyuelos, redondeces y monerías de la infancia, y con entrañas de padre estudió la risa y el travesero de los chiquitines, graciosamente abrazados ó espatarrados con encantadora desverguenza.

En la parte baja del sepulcro la genialidad artística de Vischer se tomó otra licencia, colocando á guisa de cariátides unos retorcidos caracoles. El Renacimiento alemán no habrá producido muchas obras como el sepulcro de San Sebald.

Nos figuramos el genio alemán severo y pesado, envuelto en la sombría hopalanda y el ascético birrete de los reformadores. No es del

todo exacto. Hay en el arte germánico detalles de profunda ternura, inesperados rayos de luz, toques de alegría repentinos. Jamás he contemplado cosa más íntima y humana que una Virgen de bulto que reposa sobre un pilar de una iglesia de Nurenberg: aborrezco tomar apuntes y no recuerdo si es San Sebald ó *Frauenkirche*. La Virgen sostiene á su Niño: deliciosa y regocijada risa baña el rostro de la madre, que con la mano izquierda retira una manzana, hacia la cual el nene tiende los bracitos afanosos. Es una escena de hogar naturalísima, sorprendida por un artista del siglo XIV ó XV, de aquellos que, cuando encontraban casualmente á la verdad, no la soltaban hasta dominarla y poseerla.

Por las calles y tiendas de Nurenberg se ven expuestas fotografías tomadas de los grabados que representan á Alberto Durero. Durero es el genio protector de la ciudad, y en cierto modo la encarna. El rostro del excelso artista es el de un Cristo medioeval, acentuado y hermoso por la larga melena rizada partida en dos, y alisada en las sienes y suelta en bucles sobre los hombros, la ahorquillada barba y el perfectísimo dibujo de las facciones. Cuando el maestro cruzase las callejuelas y el mercado que todavía hoy se celebra al pie de la iglesia de San Lorenzo, ¿quién no se volvería á mirarle? ¿Quién no le saludaría con respeto ó con misterioso latido del corazón? Aquella cara no es de las que pasan inadvertidas jamás. En ella está todo Nurenberg, toda su poesía.

Para sentir su terror, visitad el viejo castillo de los Burgraves, que domina la ciudad—á dos pasos de Durero.—En el patio de este castillo plantó un tilo la propia mano de la santa emperatriz Cunegunda; en su capilla gótica oyó misa Federico Barbarroja el ateo. Dentro de su recinto se conserva todavía un horrible espantajo, la *Virgen de hierro*, cuyo abrazo fatídico abrasaba la carne, trituraba los huesos y arrancaba el alma entre ayes desesperados y maldiciones infernales. Es la *Virgen de hierro* el más legendario de los instrumentos de tortura que se enseñan en la cámara del tormento; pero sin salir del castillo, el viajero sediento de emociones puede admirar una riquísima colección de suplicios. Nada falta allí: ni la silla con pinchos, que se calentaba al rojo blanco antes de que la ocupase el paciente; ni la máscara erizada interiormente de púas que, candente también, se aplicaba al rostro; ni la rueda en que se tendía el cuerpo formando arco para que sobresaliesen las coyunturas y pudiese quebrantarlas fácilmente la barra de hierro; ni el embudo por donde corría el agua hasta hinchar el estómago y poner el vientre más tenso que parche de tambor; ni las pesas que se colgaban de los pies para estirar las costillas, dislocar los huesos y relajar los tendones; ni el haz de varillas, las pencas, el gato inglés y el *knut* ruso para las azotaduras; ni el torniquete para sacar y arrancar la lengua; ni el hachuela para segar las manos; ni el hacha y el espadón para destronar la cabeza; ni la hi-

dra de lana con lenguas de acero, que se enrosca al cuello y con sus siete bocas muerde y con su cuerpo ahoga, rarísimo tormento en que se añade el espanto de la vista á la crueldad del dolor, y se anticipan, con medroso símbolo, los castigos del infierno. Es un museo de ferocidad humana que crispera los nervios, y más si se considera que gran parte de los instrumentos dan señales inequívocas de estar *usados*.

Al salir de los *martirios* le llevan á uno con gran misterio hacia una cámara tenebrosa, haciéndole asomarse á la boca de un pozo, el *pozo profundo*, así se le llama. Tres ó cuatro chorros de agua, lanzados con un vaso á las entrañas de la sima, revelan, por el tiempo que tardan en llegar al fondo, cómo es de insondable. Una lucecita que descuelgan para alumbrar las húmedas y resbaladizas paredes, ríela allá abajo, abajo, no se sabe dónde, descubriendo la triste superficie de agua negra. Abrieron este pozo prisioneros condenados á muerte, y de él arrancan dos subterráneas galerías, que serpetean por debajo de la ciudad, y una de las cuales no está cegada aún y puede recorrerla quien tenga ánimos para tanto. Sólo asomarse á la fría y húmeda boca causa una angustia sepulcral.

* * *

Salgamos del nido roquero de los Burgraves y hablemos de cosas más alegres y tónicas. Desearía que las personas inteligentes que pa-

sen á Nurenberg no omitan componer el *menudo* de una cena ó comida con los elementos que voy á indicarles. Pidan primero *Reinlachs*, ó sea trucha asalmonada del Rhin: lo que en mi tierra gallega se llama, no sé por qué, *reo*. El reo del Rhin tiene la carne algo menos compacta que el salmón ordinario: su color es un rosa más bajo y fino, su piel ofrece los reflejos verdosos del agua y las pintas sangrientas del coral. Para acompañar á este pez de agua dulce (los del mar, en Alemania, no valen cosa), que traiga el mozo un mediano plato de *kartoffeln*, ó patatas, dicho en español, y una salsera con manteca derretida. Cuidado con echar aceite y vinagre: le quitarían la unción á la trucha. Riéguese con un vinillo clarete y rancio, de los que se extraen de la uva renana: si hay valor para aflojar la mosca, *Schloss-Johannisberg* 1865, ó siquiera *Jardin de los jesuitas* 1867: si no, contentarse con el *Niedersteiner*, que no es ingrato. Rematada la trucha, venga una magra de jamón wesfaliense, y un plato de compota, que por sosa que sea valdrá más que la ácida y flatulenta *chucruta*, de la cual nos libre Dios. El segundo plato lo ha de acompañar un bock de cerveza bávara, tostada y fuerte, rebosando espuma, bebida en un tanque que diga, por ejemplo: "Patria, amor y justicia," ó "En teniendo mi pipa y un lindo rostro que mirar, me basta." (Estas leyendas de los tanques equivalen, como color local, á las de nuestras navajas de muelles y ligas de maragatos).

Después de la magra, y me figuro que no se

quedaría con apetito sino Gargantua en persona: mas para prever todas las contingencias, recomendaré un ala de faisán montés ó una terrina de legítimo *foie* de Estrasburgo. Glotonería me parecerá aceptarlo. También aconsejo el rollo de anguila en galantina. Lo mejor de la bucólica alemana son los pescados fluviales. Y como epílogo, una nuez de queso y una taza de té. En Alemania beber café es beber pura achicoria.

* * *

Reparado así el estómago, piérdase sin miedo el viajante discretísimo (discretísimo por haber cenado según mis instrucciones) al través de las calles de Nurenberg, y olvide la impresión gastronómica, ó por mejor decir, tómelala únicamente como base de otra elevada y espiritual: que los exquisitos platos germánicos le exciten la imaginación, á fin de que se recree más de lo acostumbrado en ver callejones viejos, miradores y balconadas que hablan de aventuras, iglesias al través de cuyas agujas y rejas filtra la luna su luz sugestiva y romántica, casas picudas, santos que alumbran piadosamente un farolillo: escuche el misterioso silencio, la quietud de la ciudad dormida y el argentino chorreo del caño en la *Fuente de las Virtudes* ó en la del *Gañán*; evoque, si se lo permiten sus recursos intelectuales y artísticos, la imagen de Alberto Dureró y la silueta del *Caballero de la muerte*, y por último, reconozca